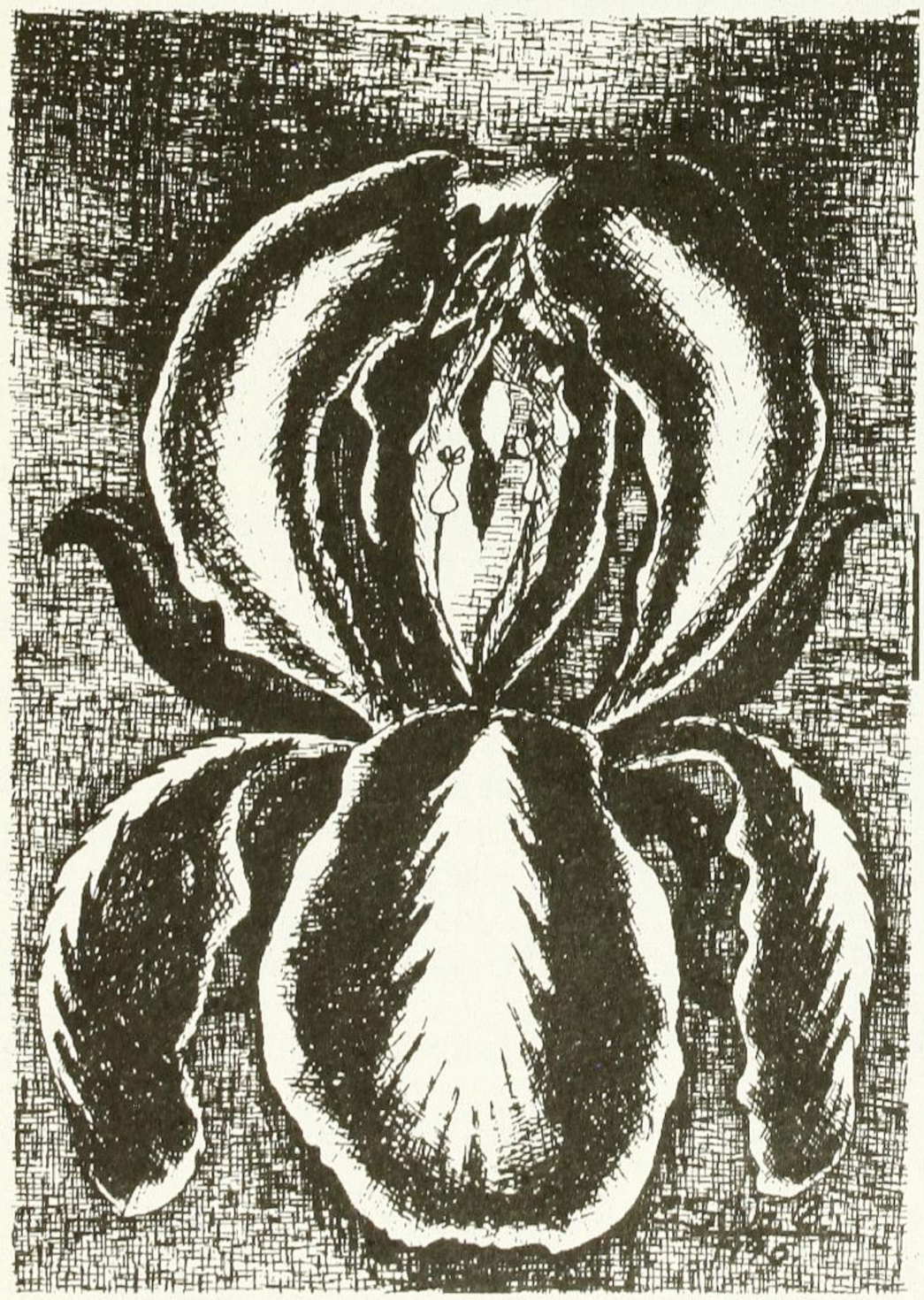
Querido Diario:

• Marcela Guijosa •

25 de enero de 1995. Calle de Lerma. Barda trasera de la Embajada de los Estados Unidos de América. Fila de 200 personas, dos o tres ricos y casi todos los demás pobres. Un poco adelante de mi, un hombrón con sombrero me llama la atención.

Es de noche. Son las cinco y media de la mañana. Un vendedor con un carrito pasa ofreciendo café.



Dudo, me resisto -es Nescafe y luego donde voy a mear- pero caigo: me compro uno. Y gracias a que el vaso de unicel tiene un agujero y un chorro de café hirviente empieza a escurrir, la gente cercana me avisa, me ayuda. Y se crea una efímera amistad que durará, palabras más palabras menos, una hora. Y usted a qué parte va. ¿Nunca había ido? A ver si ahora si me la dan... Esta rete difícil...

Todo mundo esta nervioso, asustado, también yo. Un policía de la Embajada, mexicano, pero que parece gringo por los modales, y que tiene un uniforme muy especial, con boina, pasa anotando uno por uno los nombres de los que estamos formados, y nos da un número. Me alegro entonces de no haber hecho caso del coyotito que se ofrecio a cuidarme el coche y me cobró diez pesos por adelantado, y me trató de vender uno de los 10 primeros lugares de la fila por N$ 50.00. Un muchacho balbuciente que está formado tres lugares atrás de mi, es regañado severamente por el mexican police-man de la boina. No entiendo por que; solo oigo que "ese pasaporte no es suyo, no mienta, señor, aquí no se puede mentir". Que miedo. Me lo grabo en la mente: aquí no se puede mentir.

El señor que va adelante de mi nos cuenta que sacar la visa es una loteria; el ya ha venido varias veces y siempre le piden más papeles. ¿Qué papeles? "De mi trabajo, del taller donde trabajo, del Seguro". La muchacha que sigue se preocupa. "Ay Diosito Santo ojalá y me la den, porque si no...".

Yo digo que sólo voy de visita turística, que si no me la dan pues nimodo. Le pregunto a la chava, a usted si le urge; ¿verdad? "Ay si, fijese que tengo que competir en Alabama". ¿Es deportista? Si, en atletismo, diez mil metros. Le pronostico que seguro le darán la visa y ganará la competencia. La miro bien y claro que es atleta: delgada, pelo muy corto y recien lavado, fuerte, sencilla.

Me sorprendo agradablemente de que abren las puertas a las 6 en punto. En años anteriores, te la

pasabas 4 ó 5 horas en la calle. Ahora la espera es adentro, menos mal, porque el frío cala los huesos.

Otro mexican policía, viejo y malhumorado, reparte solicitudes y te ordena entre gruñidos que engrapes tu foto al papelito blanco. Sigue el susto de la gente, porque el decide cuales fotos sirven y cuales no. Si las que trajiste "no sirven", te tienes que formar en la cola de las fotografías y pagar 20 pesos. Si sí sirven, te vas a sentar a unas largas bancas a llenar tu solicitud. Que bueno que trajiste tus lentes de ver, la letrita es minúscula, te tardas bastante en llenarla, insisten en preguntarte. ¡no, no, no!, tachas asustada los cuadritos. Por fin la firma, ya terminaste.

Y entonces, una señora que esta sentada a tu izquierda, un poco exigente, te pide ayuda. Bueno, más bien te pide que le llenes la solicitud. Dice "que no trajo sus lentes". Le ofreces los tuyos. Dice que no, que se la llenes tu.

No pide por favor. Bueno, accedes. A ver, a donde va. Ella va a Los Angeles. ¿A qué? De compras, dice tan tranquila. ¿Ocupación? Atiendo mi restorán "Lucha" de Zamora, Michoacán. La terminó de requisitar. Ni le pregunto si es drogadicta o nazi. Pongo no, no, no y le digo que firme en la rayita. Por supuesto, con trabajos escribe su nombre. No eran los lentes. Me dice, orgullosa y malmodiente: bueno, ¿cuánto le debo? "nada, señora, como cree".

Acto seguido, el hombrón con sombrero sentado a mi derecha, me pasa su solicitud, tímidamente, quedito, me pide ¿me la llena seño? Tiene una mirada limpia. Hay tiempo. Digo que si. Y lleno la de él y la de su esposa que está tantito más para allá. Son de Los Ocotes, Guanajuato, municipio de Pénjamo, no hay domicilio, no hay calle ni número, ni hay código postal. No hay teléfono. El se dedica al campo, ella a su casa. Son robustos, medio güeros; ella tiene los ojos verdes. Tiene como 50 años. Quieren ir a visitar a sus hijos que trabajan allá y tiene siete años que no los ve, viven en... en Pemfville, California, no traen la dirección, no saben como se escribe, no saben escribir, ni siquiera su firma.

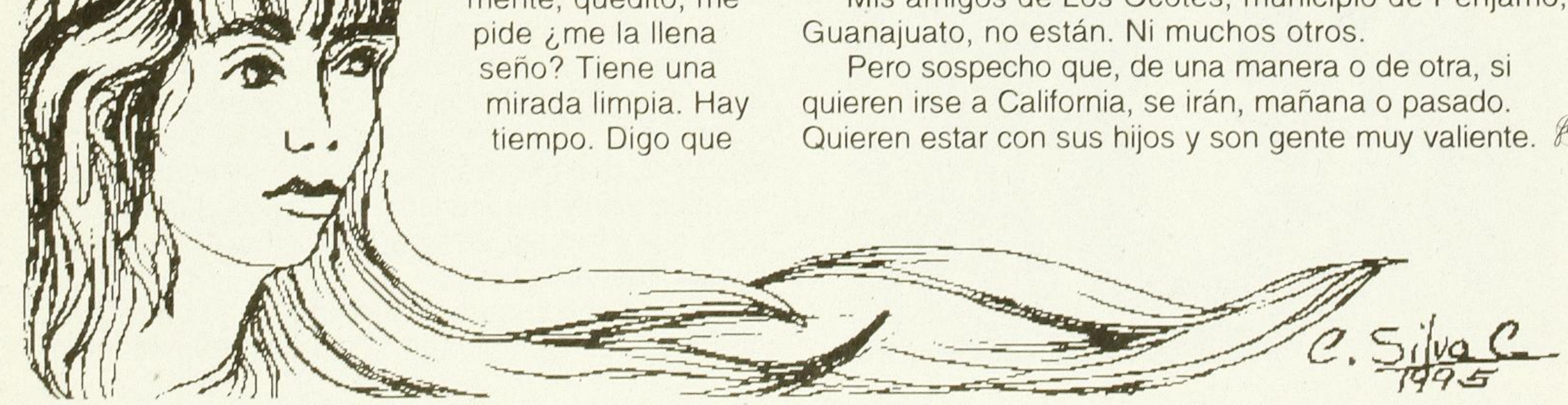
Termino con las solicitudes. Otro rato de espera. El campesino despide un olor fétido penetrante. Huele feo. A sudor, a estiercol, a rancho. De repente dice, uste es de aquí, ¿verdad? Luego un largo silencio, luego: la terminal está bien lejos, ¿verdad? le digo que sí, que en esta ciudad tan grande todo es lejos.

Me doy cuenta entonces de que vienen directamente de la terminal, y por lo tanto de Guanajuato, de que no han descansado ni se han bañado ni han comido bien desde quien sabe cuando.

Volteo a mi alrededor y veo al 20 por ciento del público, los alfabetizados, ayudando a llenar el demás 80 por ciento de las solicitudes de los pobres, de los de sombrero y reboso, de los de bolsa del mandado con sus pertenencias, de los que en ella traen el folder sobado con sus papeles, algunos con las escrituras de sus ranchos o de sus terrenos, como si estuvieran dispuestos a hipotecar todo lo que tienen con tal de poder entrar a los Estados Unidos.

Me doy cuenta de que a mi me darán la visa y a ellos no. Mis estados de cuenta del banco, pobretones con el saldo mínimo, son sin embargo más garantía que sus escrituras. Mi cara de solvencia, mi letra perfecta, mi facilidad de palabra en la solicitud, a pesar de mi nerviosismo, frente al funcionario gringo, frente a la ventanilla ultramoderna, blindada, con microfonos para comunicarnos, mi seguridad para responder que voy una semana de vacaciones, que no me quiero ir a vivir allá, que tengo trabajo y futuro en mi país, que no estoy hambrienta ni desesperada.

En la mañana la Embajada parecía terminal de autobuses: predominaba un paisaje de sombreros. A las tres de la tarde, cuando vamos a recoger los pasaportes triunfadores con su visa incluida, cuando el ambiente es festivo aunque estemos todos tan cansados por la desmañanada, se ven pocos sombreros. Casi todos somos de clase media para arriba.

Mis amigos de Los Ocotes, municipio de Pénjamo, Guanajuato, no están. Ni muchos otros.

Pero sospecho que, de una manera o de otra, si quieren irse a California, se irán, mañana o pasado. Quieren estar con sus hijos y son gente muy valiente.